

## Alicia Silvia Chuburu

Hasta el 2001 no figuraba en ninguna lista conocida, en las que se identifican a los desaparecidos tresarroyenses. Su nombre, por tanto, tampoco constaba en la placa que los recuerda, en la Plaza de la Memoria.

Sin embargo Silvia Chuburu engrosa esa nómina, según la confirmación que hizo este año la APDH local y que los autores de éste libro tuvieron directamente de la madre de la joven, circunstancia que –aunque con diferencias de contenido-, fue ratificada por otras fuentes vinculadas directamente a la familia.

Cabe señalar que tampoco se consigna su condición de tal en los bancos de datos oficiales sobre desaparecidos y que la familia no inició ningún reclamo indemnizatorio al Estado.

Quizás la presencia de Silvia Chuburu haya pasado desapercibida en Tres Arroyos y su suerte ignorada hasta hoy, porque provenía del campo y, ciertamente, fue poca la vinculación que tuvo con la vida social lugareña, pese a haber cursado en la ciudad los estudios secundarios, concretamente en el Colegio Nuestra Señora del Luján, mientras que sus dos hermanos –uno mayor y el otro menor-, Juan y Pedro, asistieron al Colegio Jesús Adolescente.

### II

Silvia era la del medio de tres hijos del matrimonio compuesto por Juan Chuburu y Alicia Hurtado, quienes contrajeron enlace en el año 1940, siendo Juan Antonio el primero de los hijos en venir al mundo, luego Silvia –el 5 de agosto de 1942-, y por último Pedro, el menor y último de la descendencia familiar.

La pareja vivía en el campo, actividad a la que se dedicaba el hombre de la casa, por lo que la educación inicial que pudieron brindar a sus hijos fue a través de una maestra particular, que hacían llegar hasta el establecimiento agropecuario para brindarle conocimientos a sus pequeños.

Esta práctica, que fue la primera incorporada, no se extendió en el tiempo, ya que una vez grandecitos decidieron que los “chicos” concurrieran a una escuela rural que quedaba a pocos kilómetros de la estancia que, por otra parte, estaba ubicada en cercanías de la localidad de Tres Arroyos.

Una vez que la etapa primaria estuvo completada, Juan, Silvia y Pedro –todos a su tiempo-, se trasladaron a la ciudad para cursar los estudios secundarios, cosa que los hombres hicieron en el Colegio de Padres y la mujer en el Colegio de Hermanas. Es durante este período que se dio el mayor contacto de los Chuburu con los tresarroyenses, aunque –como se verá-, las particularidades de la personalidad de Silvia hizo que no profundizara el vínculo social.

### III

Silvia era una chica estudiosa, reservada, de carácter firme, a la que no le gustaban mucho las salidas, prefiriendo quedarse en casa, disfrutando de un buen libro, ya que era una asidua lectora, o haciéndole compañía a su madre, según ella misma definió.

Alumnas de la época en el Colegio de Hermanas la recuerdan “rubia, grandota, de anteojos y aspecto campechano”, creyendo que en algún tiempo fue pupila del establecimiento. Acotaron que, en lo cotidiano, se referían a ella por el seudónimo de “La Chubu”, destacando su “compañerismo y buen sentido del humor”.

Cuando egresó del secundario, también recibida de maestra, viajó a Buenos Aires para estudiar Asistente Social, profesión que hizo suya de modo efectivo en 1962, cuando tenía tan solo 20 años de edad.

Al año siguiente, en 1963, quedaría huérfana de padre, al producirse el temprano deceso de Juan Chuburu y, por tanto, la joven viudez de la madre.

Hasta aquí puede rastrearse más o menos cronológicamente su vida. Después, según el testimonio que se recoja, las versiones sobre su desaparición son encontradas, existiendo diferencias sustanciales sobre todo en cuanto al lugar y circunstancias en que se produjo.

#### IV

En Buenos Aires, donde reside actualmente, Alicia Hurtado de Chuburu recibió a uno de los autores de éste libro.

La mujer, pese a la edad, no ha perdido para nada la elegancia y mucho menos la compostura y clase propia de una familia tradicional.

Los Hurtado están emparentados con los Bellocq, que fueron los dueños originales de casi todo Claromecú y sus alrededores. Además son propietarios de uno de los chalets más antiguos que se construyó en la villa balnearia, que data de 1919 y está situado frente al mar.

En el comfortable departamento capitalino de calle Azcuénaga contó su versión sobre la desaparición de la hija, asegurando que pocas veces antes había hablado sobre el tema y, en ninguna ocasión, fuera de los límites propios del ámbito familiar. "Yo le comenté a todos los Chuburu, porque la familia tiene que saber", explicó, dejando en claro que era un tema reservado, no para andar comentándolo por cualquier parte e inmediatamente procedió a dar su versión de la historia.

Relató que, para cuando desapareció, Silvia tenía ya 35 años y trabajaba como asistente social en una escuela que quedaba en la zona de Olivos, cerca de la residencia del presidente de la Nación, aunque no puede precisar con exactitud el lugar, pues nunca fue hasta el establecimiento educativo.

El día que la vieron por última vez, agregó, "Silvia salió de este mismo departamento, dijo 'hasta luego, mamá' y nunca más apareció".

Este tramo del relato, en que se narra precisamente las circunstancias de la pérdida de todo contacto con el mundo cotidiano, no se condice con la versión que brindó luego otra fuente familiar, para la cual la "ausencia" de Silvia no se dio en Buenos Aires, sino en Mar del Plata, señalando que no trabajaba en un colegio, sino como asistente social, pero ayudando a los operarios de una fábrica.

Sí hay coincidencias en la fecha en que se la vio por última vez: marzo de 1977.

#### V

A diferencia de sus hermanos Juan y Pedro, que eran "altos, elegantes, paquetones y desde muy jovencitos integrantes del Equipo Argentino de Pato", Silvia resultó ser "grandecita, fornida, tirando a rellenita, sin ser gorda". Y obviamente, desde que eligió la carrera de asistente social, también mostró otras inclinaciones respecto de la del resto de la descendencia.

"Leía mucho, no era chica de bailes, ni de novios, ni de nada de eso. Ella se dedicaba al trabajo, tenía su forma de ser y nada más", refiere la madre, después de comentar el modo, lugar y circunstancias en que dice desapareció.

La otra versión, siempre proveniente del seno familiar, indica que cuando la "chuparon", Silvia vivía en Mar del Plata, no en Buenos Aires y que trabajaba con

los obreros de una fábrica en su condición de asistente social, al tiempo de hacer también tareas en una villa.

Según este relato, la habrían secuestrado a la salida del establecimiento fabril o cerca de él y nunca más se supo nada de ella. Y agrega otro dato contrastante: Silvia tenía pareja estable y estaba embarazada.

## VI

No fue posible establecer si la desaparecida asistente social tuvo algún tipo de vinculación o actividad política militante, aspecto que también se desconoce en la familia.

En la segunda versión de los hechos, la fuente elabora una hipótesis, pero aclara que es una deducción que efectúa en base a un montón de pautas, pero de ninguna manera puede tomarse como ajustada fielmente a la verdad. Según esta elucubración, el trabajo social comprometido podría haber estado dado por su vinculación "con alguna casa parroquial a través de algún cura tercermundista". Pero, insistió en remarcar, es tan sólo una idea.

Una vez desaparecida, la mamá indicó que hicieron todo tipo de averiguaciones sobre su probable paradero, pero que nunca tuvieron ningún tipo de respuesta. "Nunca nadie me dio una explicación de nada", afirmó, procurando dar batalla a la emoción, describiéndose a sí misma como un ser de fuerte personalidad.

Una vez sobrepuesta, reflexionó casi para adentro, pero compartiendo al mismo tiempo su propio sentimiento con el interlocutor de turno, ante el cual -después de muchos años-, había abierto su casa y su corazón para narrar detalles, aunque contrastantes, de la dolorosa desaparición de su hija Silvia. "La vida castiga a veces", expresó, dando -sin decirlo-, por terminada la entrevista.

## **ADENDA / EDICION 2006**

### **La “otra vida” de “La Chubu”**

Los datos relevados por los autores de este libro, con posterioridad a la primera edición de “22”, son absolutamente contrastantes con la versión que, sobre la vida y obra de Silvia Chuburu, así como también sobre las circunstancias de su militancia y desaparición, brindó oportunamente su mamá, Silvia Hurtado de Chuburu, al momento de ser entrevistada en su departamento de la calle Azcuénaga, en la Capital Federal. Alicia dijo entonces que su hija era asistente social, que vivía con ella, que trabajaba en un colegio cercano a la Residencia Presidencial de Olivos, que salió de su departamento el día que desapareció y que nunca más volvió, que hizo infructuosos esfuerzos para dar con su paradero. Y no mencionó que estuviera en pareja ni embarazada.

Pues bien, los nuevos testimonios recogidos para esta obra “aumentada y corregida” echan por tierra esas aseveraciones y muestran otra cara, quizá la verdadera, de Silvia Chuburu.

La posibilidad de que Silvia hubiese estado embarazada, expuesta en el capítulo precedente, fue tempranamente confirmada apenas este libro ganó la calle en noviembre de 2001. Cuando transcurrían los primeros días de 2002, sorprendió a los autores un llamado de Remo Carloto, colaborador de Abuelas de Plaza de Mayo e hijo de su presidenta, quien se comunicó manifestando especial interés en saber de Silvia. Señaló que tal interés obedecía a la presencia de un hombre en la sede del organismo, que se identificó como Horacio Enrique Paz y que afirmó ser el compañero de la tresarroyense durante el año inmediato a su desaparición. Paz también confió que, al momento de desaparecer, Silvia estaba embarazada y le faltaban apenas 15 días para dar a luz. En ese contexto, buscaba la ayuda de Abuelas para intentar dar con su hijo, presuntamente nacido en cautiverio.

Con el surgimiento de este nuevo y fundamental dato se recreó la “otra vida” de “La Chubu”. Clave en la reconstrucción de sus días fue el aporte efectuado por María del Carmen Castro, la actual pareja de Horacio Paz, quien, al mismo tiempo, fue amiga y camarada de Silvia en su militancia en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Según su testimonio, Silvia ingresó antes de 1973 al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Provenía, en su condición de militante, del Peronismo de las Bases de la ciudad de La Plata.

Para mediados de 1973, ya era subresponsable de la escuadra “Comando”, grupo que se dedicaba a atender las necesidades de funcionamiento de todos sus compañeros de armas. Pasó a ser la principal referente después del desastre de Monte Chingolo, donde cayó la “Teniente Mariana”, su superior jerárquico hasta ese momento. María del Carmen conoce en profundidad esta parte de la historia porque es una de las dos sobrevivientes de la escuadra.

Sobre el carácter de Silvia, María del Carmen dijo que era “humilde, austera y reservada”, acotando que “tenía un sutil sentido del humor”. Respecto de su acción militante, expresó que “contaba con una muy sólida formación ideológica, pero su personalidad le impedía sobresalir entre sus compañeros”. Y agregó: “Era un cuadro, tenía todo muy claro, estaba convencida de la necesidad de la revolución”.

En varios momentos de la charla, María del Carmen evocó a Silvia como “Lucía”, nombre que había tomado en homenaje a una militante caída. En los últimos tiempos utilizaba el seudónimo de “Tona”, aunque para esa época, dada la fisonomía que desde los primeros meses de gestación le daba el embarazo, todos se referían a ella como “La gorda”.

En 1976, Silvia Chuburu formó pareja con Horacio Enrique Paz, compañero diez años menor que ella, quien se había incorporado al PRT-ERP después de militar en las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Se habían conocido en una escuela de cuadros del partido, a la que concurrían solo los que se destacaban por su compromiso y capacidad. En las palabras de María del Carmen, la relación de pareja entre Silvia y Horacio no era desconocida por la familia Chuburu. Acotó que en varias ocasiones habían concurrido juntos al departamento de la calle Azcuénaga en que vivía la mamá. Tampoco eran secretos la condición de militante ni el embarazo, el cual -incluso- era controlado por el médico de cabecera de la familia Chuburu-Hurtado.

Durante los últimos meses de convivencia, antes del secuestro y la desaparición de “La Chubu”, Silvia y Horacio habitaron una casa en la localidad de Castelar, partido de Morón. De esa vivienda salió Silvia la mañana del sábado 15 de mayo de 1977, día en que se la vio por última vez. Partió con destino al pequeño taller textil en que trabajaba, ubicado en Vicente López, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Trabajó hasta el mediodía y luego se retiró del lugar. Tras el horario de empleo tenía una cita con un compañero y, por la tarde, debería haber estado de regreso en su hogar. Pero nunca llegó.

Esperándola, Horacio desoyó las normas de rigor del ERP. Según la usanza, ante la ausencia inesperada de uno de los moradores, y previendo que la demora pudiera deberse a un secuestro, el restante habitante de la casa debía desalojar el lugar. La pareja de Silvia aguardó mucho más de lo que las reglas indicaban, pero fue en vano. Chuburu pudo haber sido secuestrada en cualquier punto del trayecto que va desde Vicente López a Castelar. Probablemente su detención se produjo en el lugar elegido para la cita convenida, la cual podría haber sido delatada.

Desde entonces, lo poco que se ha podido saber de Silvia fue a través de la organización humanitaria “Clamor”, vinculada al episcopado brasileño, que se hizo eco de la denuncia sobre la desaparición de la tresarroyense. Más no ha sido posible avanzar en su búsqueda, pues no quedó asentada la identidad del denunciante, quien se estima la habría visto en un centro clandestino de detención. Esta circunstancia ha impedido todo intento de rastreo de su destino, así como también del circuito de apropiación del bebé que habría nacido en cautiverio.

La mamá de Silvia se enteró de su desaparición a través de Horacio Paz. Por temor, abandonó la Capital Federal para instalarse una larga temporada en Tres Arroyos. Si bien en su oportunidad, Alicia Hurtado de Chuburu aseguró “haber hecho todo tipo de averiguaciones sobre el paradero de su hija”, jamás radicó denuncia alguna. A juzgar por ello, y por el relato que brindara en la entrevista para la edición original de “22”, desprovisto de todo dato relacionado con la militancia, la pareja y el embarazo, parecería que su decisión fue, al igual que la de no pocos padres de desaparecidos, negar la verdadera historia de Silvia.

Alicia Hurtado de Chuburu falleció en 2002. A partir de ese momento, Pedro, el hermano menor de Silvia, ha manifestado cierto interés en conocer la suerte que corrió. Lamentablemente, muy tarde para llegar a saber algo más de lo que se cuenta en estas páginas.